

Entre la sobrerregulación y la innovación

Una oportunidad para el mundo rural poscovid

Pablo Priesca Balbín
Director CTIC-Centro
Tecnológico



Los análisis del problema de la “España vacía”, término que acuñó Sergio del Molino en su magnífico ensayo, son numerosos y los diagnósticos bastante coincidentes. No hay duda de que el problema es poliédrico y tiene muchas caras. Sin embargo, una de ellas ha pasado bastante desapercibida: la cara de la innovación. Bien es cierto que entre las recetas más reiteradas escuchamos una y otra vez la necesidad de innovar en el medio rural, pero la cuestión no es tan simple. Las condiciones del terreno de juego marcadas por la sobrerregulación no lo hacen fácil.

La revolución industrial, tardía en España, hizo una llamada al paraíso urbano a lo largo de sucesivas oleadas del siglo XX que fueron despoblando el campo. Este proceso provocó un desprecio a la cultura campesina que fue considerada como inferior. Hasta el año 2011, el diccionario de la Real Academia Española recogía una acepción de rural como “inculto, tosco, apegado a cosas lugareñas” y sólo la presión de la Red Española de Desarrollo Rural (READER) logró erradicar dicho significado del diccionario. Esto nos da una idea de cómo entendía, y entiende, el mundo urbano lo rural. Lo urbano representaba el progreso y lo rural el atraso.

En los últimos tres meses hemos vivido un éxodo invertido, de la ciudad al campo, motivado por el confinamiento de la población. Miles de personas se han refugiado en sus segundas residencias o han vuelto al pueblo de origen en busca de seguridad. El campo se ha convertido en el valor seguro, en el refugio perfecto frente a la declaración del estado de alarma. Por primera vez, las ciudades sintieron envidia de lo rural. En términos bursátiles sus acciones se han revalorizado fuertemente frente a la caída del valor de las ciudades. Las razones parecen evidentes: las distancias interpersonales son más seguras, el tipo de confinamiento es distinto, los niños tienen más espacios de divertimento y la propagación del virus es mucho más difícil. ¿Quedará algo para el futuro? Si obtenemos aprendizajes de la triste situación diría que sí.

Miles y miles de funcionarios han tenido que teletrabajar en todo el país, muchas empresas han deslocalizado en los domicilios a buena parte de sus plantillas. El covid-19 nos ha demostrado que muchas actividades concentradas hasta ahora en las ciudades, bajo condiciones de buena conectividad, pueden realizarse desde zonas rurales de forma permanente, lo que supondría nuevos pobladores. Es hora de pensar que son posibles nuevas formas de ruralidad compatibles con actividades más tradicionales agroganaderas, pero ahora asentadas sobre soportes tecnológicos que reducen dedicación y penosidad, al mismo tiempo que aumentan la productividad. Para que ello suceda debemos generar un contexto normativo atractivo que permita la llegada de nuevos pobladores y facilite la vida a los que ya están.

A lo largo del siglo XX y en lo que llevamos del presente, el mundo urbano fue regulando al mundo rural, y lo fue hacien-



La ciudad fue regulando al mundo rural desde una visión urbana y en una espiral regulatoria infinita, llegando a crear auténticas aberraciones

do desde una perspectiva urbana y en una espiral regulatoria infinita, llegando a crear auténticas aberraciones que no dejan de ser muestra de la hipertrofia regulatoria.

La regulación rural, hecha y pensada desde lo urbano fue creando normativa basada en la tradición, la conservación, la preservación, la protección y la prohibición, tejiendo una maraña legal casi imposible para la innovación. Esta, es cambio, experimentación, avance, mejora, disrupción, riesgo e impacto social, empresarial o territorial. Desde luego, la regulación, reforzada por el procedimiento administrativo, ha hecho un trabajo encomiable para que la innovación no germine. Nadie duda que la regulación es necesaria. El problema surge cuando se produce en exceso y, además, no responde a una estrategia de desarrollo territorial, es decir, a una estrategia política.

España es un país sobrerregulado (en uno de los excelentes artículos de Jesús Arango en este periódico hace unas semanas aludía al exceso regulatorio, o la re-

ciente noticia también en este diario sobre la devolución de fondos europeos de España por incapacidad para ejecutarlos a causa de la burocracia son reflejo de la seriedad del problema). La sobrerregulación y el procedimiento injustificado, que ahoga la innovación, tienen un problema aditivo (se aprueba mucha más regulación que la que se deroga) y aditivo (todos los problemas se intentan solucionar con regulación desde los distintos niveles administrativos nacional, autonómico y local). Falta estrategia política para el medio rural y sobra regulación, procedimiento y burocracia asfixiante.

La sobrerregulación afecta seriamente a la innovación porque supone la aceptación de la norma, y la innovación es todo lo contrario, la ruptura de la norma. Ambas guardan entre sí una relación inversamente proporcional: a más regulación menos espacio para la innovación, y a menor regulación, más espacio para la innovación.

La innovación en un territorio requiere de cuatro contextos para que germine y se desarrolle: político, regulatorio, administrativo y cultural. ¿Cuál es la realidad? Al contexto político le falta estrategia y está maniataado por el regulatorio y el administrativo. El contexto regulatorio ha crecido de forma desbocada sin orden ni concierto y no responde a ninguna estrategia de Estado. El contexto administrativo, rabiamente burocratizado y centrado en el procedimiento, mira siempre hacia una regulación anárquica. Por último, el contexto cultural en el medio rural presenta cierta resistencia al cambio causado por ese complejo proyectado desde lo urbano como modelo ideal que identifica a este con el éxito y a lo rural con el fracaso.

Así las cosas, la innovación tiene escaso espacio para su desarrollo. Pero también es justo reconocer que existen héroes que lo intentan luchando contra corriente: algunos políticos y alcaldes rurales apesadados en la tormenta administrativa y regulatoria, mujeres que juegan un rol determinante en las economías rurales, los grupos de desarrollo local agrupados en el READER o empresas que mantienen su compromiso con el territorio. Ellos son el ejército para la esperanza, los máximos responsables políticos deben escucharlos porque son ellos los que conocen mejor que nadie el terreno de juego.

La estrategia política debe allanarles el camino, no embarrárselo con regulaciones innecesarias, absurdas y entorpecedoras. Los programas de innovación deben centrarse más en asumir riesgo y buscar impacto, que en el procedimiento. Cuando los términos se invierten, y están invertidos, la innovación tiene difícil cabida. Desbrozar el camino conlleva una revisión regulatoria muy profunda. Esta revisión requiere visión y estrategia que se operativiza con una regulación y medidas orientadas a ella. Cuando no hay visión ni estrategia surge el problema porque es la regulación y el procedimiento quienes usurpan su función dando lugar a la hipertrofia actual. Es necesario buscar el equilibrio entre la estrategia, la regulación y el procedimiento.

Es el momento de abordar el problema de una forma estructural, de tener altura de miras y valentía política. Abordar estrategias rurales con el mapa regulatorio actual es una pérdida de tiempo y no hay tiempo que perder.

La aristocracia se rasca el bolsillo

Donaciones con polémica

Pilar Garcés



No todos los aristócratas son como el príncipe Joaquín de Bélgica, décimo en la línea de sucesión del trono de ese país, que ha dado positivo por coronavirus después de asistir a una fiesta en Córdoba que, según las autoridades, superaba el aforo de invitados permitido en la fase 2 del estado de alarma (15). El sobrino del rey Felipe de Bélgica tiene una novia cordobesa y no respetó la cuarentena fijada por España para los visitantes extranjeros porque asistió a dos meriendas en un cortijo, lo que ha obligado incluso a dar explicaciones a la primera ministra, Sophie Wilmès. “Es un ciudadano que se ha disculpado ya por su comportamiento”, zanjó la líder belga con cierto hastío. No todos los aristócratas son tampoco como Luis Alfonso de Borbón, bisnieto de Franco que ostenta el ornamental ducado de Anjou, quien ha mandado al universo una queja porque, en el transcurso de las manifestaciones antirracistas contra el asesinato del hombre afroamericano George Floyd a manos del policía que le estaba custodiando, una estatua de Luis XVI plantada en una plaza de la ciudad de Louisville perdió una mano. “Como heredero de Luis XVI y vinculado a la defensa de su memoria, espero que los daños sean reparados”, escribió airado el aspirante a ese trono de Francia del que fueron desalojados Luis XVI y su esposa María Antonieta por la vía de la guillotina. Hace doscientos años que en la república vecina no deben preocuparse por los desvaríos de ciertas familias, que montan un baile mientras a su alrededor estalla la revuelta social.

Tan opaco para según qué cuestiones, el palacio de la Zarzuela ha difundido estos días que Felipe VI ha convocado a “todas las corporaciones nobiliarias, las órdenes militares, las cinco reales maestranzas, las órdenes internacionales con actividades en España, así como otras corporaciones nobiliarias y caballerescas, junto a miembros de la nobleza titulada, para adquirir 38.604 litros de leche y 25.000 litros de aceite de oliva para distribuirlos entre familias necesitadas de diferentes puntos de la geografía española”. El rey ha reclutado a un par de primos suyos para organizar esta colecta a beneficio de la Cruz Roja, y lo ha comunicado al pueblo con esa mezcla de ranciedad y falta de empatía marca de la Casa. Le hubiera valido más callárselo, la generosidad verdadera suele ser anónima, porque no ha tardado el personal en hacer befa y escarnio de una iniciativa que nos retrotrae a los tiempos de la caridad, cuando ya queremos vivir en los de la justicia distributiva. Parece que los asesores de su majestad no han leído nada sobre Amancio Ortega y sus donaciones de material hospitalario, recibidas con cierta polémica. Tampoco habrán calculado que la generosidad regia nos recuerda a la demostrada por el emérito Juan Carlos I a su amiga Corinna con cargo a un patrimonio de dinero negro que investiga la justicia. La de otro país, claro está.

Los aristócratas se han rascado el bolsillo, aunque sea para contradecir su inanidad social, lo que no puede decirse de otras élites.

Funcionarios que han teletrabajado sin ordenador, cargos de confianza que han esquivado el ERTE, políticos que han recibido sus honorarios completos por una irrisoria cantidad de horas trabajadas. Ahora que nos disponemos a aflojar la mosca para pagarles la extra de julio, ya nos iría bien recibir una botella de aceite de oliva para suavizar el trago.